



Escuela de Periodismo
Tesis de pregrado

Testimonio y no violencia: la historia del Movimiento Contra la Tortura

Sebastián Acevedo

Autores: Aliro Torres Bruna
Sebastián Vega Morales
Profesor Guía: Patricio Martínez Torres

Índice General

	Página
Agradecimientos.....	03
El comienzo de una pesadilla.....	05
Un desesperado acto de amor.....	06
Las batallas de los antecesores.....	08
Sathyagraha, resistencia no violenta.....	11
Thoreau y Tolstoi, grandes inspiradores.....	11
Yo tengo un sueño.....	12
En Chile se tortura, El Mercurio se calla.....	13
El amanecer de la resistencia.....	16
Nace el Movimiento contra la Tortura.....	17
Moldeando la nueva fuerza opositora.....	20
Asalto al cuartel Borgoño.....	23
No violencia activa, ética y metodología.....	24
Desacuerdos con la alta esfera eclesiástica.....	27
Sólo veo al inmolado.....	28
La inmortalidad de un hombre.....	30
Sebastián tiene sed.....	31
Evaluar para perfeccionarse.....	34
Métodos y prácticas no violentas.....	35
La consolidación de una lucha temeraria.....	37
La caída del gigante no violento.....	41
¿Por qué mi papá lo hizo?	45
Sebastián Acevedo, la figura, el hombre, el padre.....	47
Anexo 1.....	50
Anexo 2.....	60
Bibliografía.....	62

Agradecimientos

Generales:

*A Patricio Martínez, por guiar
y conducir con rigurosidad esta investigación*

A la psoriasis, molesta y fiel compañera

Aliro Torres:

*A mi familia, en especial a mi madre,
polola y amigos*

Sebastián Vega:

A mi familia y abuelos

*A mi madre, que jamás duda cuando
de sus hijos se trata*

A Catalina, la mujer más fuerte que he conocido

*A las Brigadas de Acción Directa NoViolenta
(Bria di Novi), por ser fuente de inspiración constante*

*...“Sólo la mancha veo del amor que
nadie nunca podrá arrancar del cemento, lávenla o
no con aguarrás o sosa
cáustica, escobíllenla
con puntas de acero, lijénla
con uñas y balas, despíntela, desmiéntanla
por todas las pantallas de
la mentira de norte a sur: sólo veo al inmolado”*

Gonzalo Rojas, poeta chileno
Extracto del poema “Sebastián Acevedo”

“-¡Qué la CNI devuelva a mis hijos! ¡Qué la CNI devuelva a mis hijos!
-repitió tres o cuatro veces, y otras tres o cuatro veces más agregó- ¡Señor,
perdónalos a ellos y perdóname a mí también por este sacrificio!

Esas fueron las palabras de Sebastián Acevedo Becerra segundos
después de inmolarse frente a la Catedral de Concepción.

Eran las 3 de la tarde de un caloroso 11 de noviembre de 1983. En la
húmeda ciudad penquista, el obrero coronelino acababa de cometer el acto
más dramático y desesperado de su vida, pero a la vez el más intenso que
pudo haber intentado por la desaparición de sus hijos a manos de la Central
Nacional de Informaciones (CNI).

Sebastián Acevedo lo había intentado todo, desde dirigirse a los medios
de comunicación, hasta ir puerta a puerta a todos los cuarteles de las
comisarías de la ciudad, pero no había respuesta. El cielo se le cerraba
aceleradamente y su acción casi poética estaba cada vez más cerca de
consumarse.

María Candelaria había desaparecido días antes en extrañas circunstancias en las inmediaciones de su propio hogar en Coronel. Ella, al igual que su hermano Galo –apresado minutos después en su lugar de trabajo-, participaban de forma activa de las Juventudes Comunistas, y eran seguidos sigilosamente por los aparatos represivos de la época. “Nosotros sabíamos que nos podían andar siguiendo”, recuerda María Candelaria, hija mayor de Sebastián Acevedo¹.

El comienzo de una pesadilla

En la mañana del 8 de noviembre de 1983, Sebastián Acevedo Becerra, 50 años, hijo de mineros, obrero de la construcción, salía como de costumbre al paradero para tomar la locomoción colectiva que lo llevaría rumbo a su trabajo. En ese instante, una gran aglomeración de gente y vehículos desconocidos estacionados frente a su hogar, llamaron su atención. Con premura y un mal presentimiento en el alma regresó a su casa. Eran civiles armados no identificados que se estaban llevando a su hija mayor, quien días antes junto a su hermano, habían participado de una protesta en contra del régimen militar encabezado por Augusto Pinochet Ugarte.

“Me dijeron que me venían a buscar y que querían conversar conmigo”, rememora María Candelaria².

Una vez que se la llevaron, Sebastián trató de advertir el peligro inminente que corría su otro hijo, Galo Acevedo, quién se desempeñaba en un taller (*) camino a Concepción. Su intención fue en vano, pues los agentes de la CNI lo habían tomado detenido hacía ya algunos minutos.

1 Testimonio según relato del periodista y sacerdote Enrique Moreno Laval.

2 Testimonio según relato del periodista y sacerdote Enrique Moreno Laval.

Sebastián y Elena Sáez -esposa del obrero-, no pudieron hacer nada. Fue en ese mismo instante cuando comenzaron su búsqueda. “Sebastián sólo pedía que les dijeran dónde estaban sus hijos, y, que si habían cometido un delito, que fuesen puestos a disposición de la justicia”, relata el sacerdote y periodista Enrique Moreno Laval, el cuál acompañó al trabajador en el momento de su muerte.

Un desesperado acto de amor

Las primeras horas del viernes 11 de noviembre, Sebastián y Elena comenzaban una nueva jornada de peregrinaje. Nada hacía presagiar lo que ocurriría instantes después.

“Sebastián le advirtió a su señora que iba a hacer el último esfuerzo para saber el paradero de sus hijos”, recuerda el sacerdote.

Ese fatídico día, Acevedo se dirigió a un par de medios de comunicación con el objetivo de entregar su mensaje habitual. Luego, caminó abatido al edificio del Arzobispado de Concepción para hacer un último llamado.

El coronelino, pocos minutos antes, había llegado hasta el edificio de la arquidiócesis portando dos bidones con bencina. Habló con el portero y le pidió conversar con alguien para entregar su suplica final.

Sin una respuesta positiva, se desplazó hacia la Plaza de Armas penquista, instalándose frente a la Catedral de la ciudad. Un carabinero que estaba en el lugar, al sospechar la actitud desafiante del obrero, se acercó a él. “Si usted cruza esa línea, yo me quemo”, le advirtió Acevedo al policía. “¿O usted cree que los civiles no tenemos palabra?, remató.

El carabiniero, con cierta incredulidad, se abalanzó sobre el trabajador, sin embargo, éste, en su desesperación, retrocedió, e instintivamente, roció su cuerpo con el combustible de uno de los bidones, prendiéndose de manera instantánea.

“Ese día fui a grabar un programa de radio al tercer piso del arzobispado, cuando me cuentan desde recepción que una persona me anduvo buscando, dejando dicho que tenía a sus dos hijos detenidos por la CNI”, comenta Moreno Laval.

El religioso continúa; “allí le dijeron que viniera a las 3 de la tarde, que era la hora en que yo llegaba. Cuando regresé minutos después, alguien sube por las escaleras del edificio avisándome que había un hombre que se quería quemar. Salgo y bajo inmediatamente en dirección a la catedral, cuando veo a un individuo envuelto en llamas, balanceándose, hasta que llega a la esquina de la plaza, para desplomarse de forma estrepitosa. En ese segundo llegué y entre varias personas que se encontraban en el sector, intentamos apagar el fuego. Un comerciante que se hallaba en el lugar sacó un extintor para, finalmente, controlar las llamas que consumían a Sebastián”.

Enrique Moreno, sobrecogido, se acercó al obrero, que se mantuvo consciente hasta el final, y juntos empezaron a rezar. Minutos después llegó una patrulla de carabineros, llevándose el cuerpo carbonizado de Acevedo al Hospital Regional de Concepción.

A las 12 de la noche de ese mismo día, en las dependencias del servicio hospitalario, se apagó la última llama del trabajador coronelino. Sebastián había fallecido producto de sus graves quemaduras.

La noticia se difundiría a todo el país, quedando en evidencia el dramático acto de inmolación de Acevedo Becerra, sellando un sacrificio único

que, más tarde, sería reivindicado por un grupo de personas que enaltecerían su figura, su entereza, su coraje.

Las batallas de los antecesores

La muerte del obrero sureño quedó grabada a fuego en la memoria de los hombres y mujeres que más adelante darían vida al imborrable Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo, grupo que hizo frente a la dictadura de Augusto Pinochet Ugarte a través de la no violencia activa.

Su lucha encontró fuerza y sentido en el suicidio del coronelino, potenciando el deseo irrefrenable de recobrar la libertad venciendo al régimen imperante.

En esa batalla, los miembros del MCTSA buscaron referencias históricas que sustentaran la metodología que utilizarían, surgiendo ejemplos claros y precisos que les ayudaron a modelar las transformaciones a las que aspiraban.

Según palabras del padre José Aldunate -uno de los fundadores del Movimiento-, existía el recuerdo patente entre los integrantes sobre un desgarrado personaje que había independizado a la India del imperio británico, en una noticia que había dado la vuelta al mundo por sus particulares condiciones.

Apenas unas décadas antes, Mohandas Karamchand Gandhi, un hombre pequeño, delgado, de mirada amable y ropas rústicas, inició un proceso en su país de sistemáticas acciones no violentas usando una estrategia llamada desobediencia civil.

En su acto público más célebre, la “Marcha de la Sal”, el líder indio terminó con el monopolio del abundante producto blanco que hasta ese momento era acaparado sin concesiones por la corona inglesa, una situación que obligaba a los consumidores locales a pagar altos precios por el fértil mineral.

Seguido en un comienzo por 79 estudiantes y unos cuantos periodistas, Gandhi marchó a pie cerca de 300 kilómetros vistiendo una delgada sábana, dos sandalias y un bastón, en un episodio asumido por él como el detonante que simbolizaría la lucha por la independencia de su nación.

Fueron 24 días de peregrinaje que lograron convocar a un país profundamente afectado por la pobreza y el hambre, en un multitudinario suceso que abarrotó las cárceles de India, pues alrededor de 60 mil personas fueron llevadas detenidas por no acatar las órdenes europeas.

La jugada era resistir sin violencia, que ninguno se rebelara contra el arresto, pues para “Alma Grande” –como lo denominó el poeta Rabindranath Tagore- responder con la misma moneda era perpetuar el sistema de opresión.

“Nos dejaremos golpear, encarcelar, hasta que se despierte el sentido de justicia de los blancos”, aseguró el oriundo de Porbandar luego de ser procesado por un tribunal inglés.

El “disparate” impulsado por Mahatma Gandhi de enfrentar agresiones arteras con la fuerza de la no violencia activa, se convirtió en un referente ineludible para los involucrados en el MCTSA, pues compartían con él una visión de esta metodología en su axioma más esencial, es decir, como un procedimiento activo para influir en el curso y en el resultado pacífico de un conflicto, reduciendo al máximo el sufrimiento humano.

Mario López Martínez despliega esta idea; “Cuando se habla de metodología se está haciendo referencia al conocimiento, estudio y análisis de procedimientos de aplicación coherente que pretende obtener un resultado. Un conocimiento y aplicación activos, puestos en práctica, experimentados, que desarrollen destrezas y habilidades, que procedan en función de ese método, en el que se tiene en cuenta no sólo los métodos, sino también los medios (los

recursos y los instrumentos) para contribuir a construir un clima, un trazado, un camino que tenga efectos, consecuencias y resultados pacíficos”³.

Mahatma Gandhi tuvo comprensiones muy profundas en torno a la batalla que estaba librando, pues manejaba el precepto ético del *Ahimsa*, una palabra que en sánscrito quiere decir “fuerza de la verdad”.

En palabras de “Bapu” (Padre en idioma gujarati) “literalmente significa no-violencia hacia la vida, pero tiene un significado mucho más amplio. Significa también que uno no puede ofender a otra persona, debiendo compadecerse del otro, incluso si se trata de un enemigo. Para aquellos que siguen esta doctrina, no hay enemigos”.

Para entender la cosmovisión gandhiana debemos transitar en su acercamiento a la teosofía, su comprensión del clásico indio “Bhagavad Gita” – considerado el libro por excelencia para el conocimiento de la verdad-, su vagaje intelectual en historia occidental y oriental, además de su formación de abogado, hecho que daba consistencia a los discursos enunciados.

“En el terreno de las armas no podemos vencer a la gran maquinaria bélica de Inglaterra, pero en el terreno moral tenemos el triunfo asegurado”, afirmaba el líder indio desde su *ashram*⁴, un argumento coherente e íntegro compartido plenamente por los adeptos al MCTSA.

3 “NoViolencia para generar cambios sociales”, Mario López Martínez. Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada, España.

4 Comunidad espiritual, propia del hinduismo, en la que convive un guía espiritual junto a sus discípulos.

Todo lo anterior es uno de los vértices de la manifestación dinámica de los principios del *Ahimsa*, una especie de ética colectiva nunca vista en un país cuya clase política era sinónimo de corrupción.

Sathyagraha, resistencia no violenta

Mahatma Gandhi conoció de cerca como ejercían el poder los británicos, de su paso por Sudáfrica confirmó los maltratos efectuados a los extranjeros no europeos y, gracias a sus extensos viajes por su país natal, consolidó la idea de que sólo una gran fuerza civil, unida y cohesionada, podía ser capaz de generar una intensa transformación social.

El delgado jurista indio llevó adelante lo que se conoce como *Satyagraha*, campañas activas de desobediencia civil bajo la metodología de la No Violencia, que apuntaban a desarticular el poderío europeo en su nación de origen.

Para tales efectos, Gandhi llamó a desacatar las leyes imperantes, impulsando la no cooperación deliberada hacia el Reino Unido, huelgas de hambre, persuasión, protestas y cualquier método de resistencia que no fuera violento, siempre a través de un cada vez más asentado activismo político-espiritual.

El concepto *Satyagraha* deriva del sánscrito “la lucha o el esfuerzo por la verdad”, filosofía que, al contrario de la explicación que la define como una postura pasiva, es un proceso dinámico de comunión absoluta entre el resultado final y los medios que se utilizan para alcanzar dichos objetivos.

Thoreau y Tolstoi, grandes inspiradores

Excluyendo a célebres figuras de religiones o escuelas de pensamiento que, de una u otra forma, practicaron el uso de la no violencia en sus enseñanzas –Jesús o Buda, por ejemplo-, comprobaremos que Gandhi no es el primero ni el único referente del MCTSA en utilizar la metodología de la No Violencia Activa como instrumento de lucha social.

Henry David Thoreau, escritor y filósofo estadounidense nacido en Concord, Massachusetts, fue a parar a la cárcel en 1846 por negarse a pagar sus impuestos al fisco norteamericano.

La decisión del también maestro de escuela se afirmaba en su desaprobación total con la guerra que Estados Unidos le declaró a México en mayo de ese año, además de su abierta oposición al esclavismo que aún ejercía la nación presidida en esa época por James Polk.

Thoreau basaba sus actos en la existencia de una superioridad moral que debía imponerse a cualquier autoridad que obligara a seguir leyes que fueran en contra de su concepto de libertad, lo que reflejaba su compromiso total con los dictámenes de su propia conciencia.

El creador del ensayo “Desobediencia Civil” fue referencia explícita de León Tolstoi, novelista ruso que plasmó en muchos de sus escritos lo más esencial de la resistencia no violenta, como en su libro “El Reino de Dios está en Vosotros”, influencia evidente en la lucha posterior que libraría Gandhi frente a los británicos.

Inspirador del anarcopacifismo y de la corriente conocida como vegetarianismo, Tolstoi fue un cristiano libertario que ejerció un notable ascendiente en Martin Luther King Jr., quien llevó adelante una causa sumamente arriesgada para su época en Estados Unidos.

Yo tengo un sueño

Defensor de los derechos civiles de los afroamericanos en su país, el pastor bautista nacido en Atlanta llevó a cabo una cruzada de un alto valor ético, impulsando la no discriminación, el derecho a voto y el acceso a condiciones básicas de vida para la gente de raza negra en Norteamérica.

Desde muy joven organizó acciones pacíficas en contra de la guerra de Vietnam y el apartheid estadounidense, encabezando manifestaciones no violentas de gran impacto, como el recordado discurso “I have a dream” (“Yo tengo un sueño”), pronunciado en 1963.

Como Luther King, Gandhi, Thoreau y Tolstoi, existieron otros líderes que usaron la metodología de la no violencia para denunciar, educar o alcanzar conquistas sociales, como Aldo Capitini en Italia, Guisepe Lanza del Vasto o Mario Rodríguez Cobos, Silo, en América Latina.

De una u otra manera, el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo es deudor de la decidida acción de estos personajes, algo que ellos mismos confirmarían y que se vería expresado en la primera acción pública del grupo, un intenso miércoles 14 de septiembre de 1983.

En Chile se tortura, El Mercurio se calla

El estribillo de la letanía se escuchaba fuerte, como si el centenar de personas hubiesen sido miles. “El Mercurio se calla”, gritaban, mientras Carabineros se apostaba a unos metros de la intersección de las calles Compañía con Morandé.

Los miembros del Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo se entregaron al canto, rezando, llenos de miedo y con un ardor en el pecho que quemaba. “El Mercurio se calla”, gritaban, parando el tránsito en el centro de un Santiago convulsionado por las circunstancias.

Aquella mañana desafiaron por segunda vez a la dictadura de Augusto Pinochet, luego de la recordada acción en frente del cuartel Borgoño, cuando desplegaron el lienzo “Aquí se tortura”. Ya tenían la experiencia, pero ahora retaban al régimen en las mismas barbas del poder, a sólo cuadras de La Moneda y a unos pasos de los Tribunales de Justicia.

Nadie lo dudó, había que hacerlo, y el antiguo edificio de “El Mercurio” era un blanco clave para la denuncia. Liderados por José Aldunate y Roberto Bolton, cientos de personas se lanzaron a enrostrarle al decano de la prensa en Chile su complicidad informativa con los crímenes.

Luego de reunirse minutos antes, decidieron tomarse la calle y comenzar a recitar una letanía profunda, ante la atónita mirada de las fuerzas policiales, quienes esperaron el momento exacto para actuar por medio de sus carros lanza-aguas y gases lacrimógenos.



El líquido sucio del vehículo de Carabineros mojó al grupo de manifestantes. Nadie calló, al contrario, siguieron entonando el himno con más fuerza aún, aunque esta vez revueltos, húmedos, colmados de indignación.

Si la policía esperaba la dispersión, erraron rotundamente. Se mantuvieron unidos, en un solo cuerpo, jóvenes, religiosos, abuelas, padres y compañeros, aguardando el próximo tiro de agua, arrodillados llenos de fe ante las circunstancias.

Integrantes del Sebastián Acevedo recibiendo un chorro de agua frente a "El Mercurio"

No era resguardo del orden público, era represión. Y aunque la esperaban, cada gota les dolía en la intimidad de sus corazones.

“Fue una acción muy larga. Nosotros nos reuníamos en una letanía y compartíamos el contenido de ésta. Ese día la represión fue brutal, pero hubo una reacción del grupo que no fue de huir, sino que de afiarse y rezar”, recuerda Ana Cristina Torrealba, joven integrante del MCTSA en aquella época.

La en ese entonces estudiante de arquitectura –tenía apenas 18 años al momento de incluirse en el grupo- rememora con detalles cuál fue la reacción de los manifestantes al enfrentarse a Carabineros.

“Tengo la imagen de haber estado en el suelo arrodillada con las manos tomadas rezando el Padre Nuestro, con el guanaco tirando agua y más agua. En la acción de El Mercurio fue harta gente, fue muy potente”.

Luego agrega, “terminamos pésimo; sin embargo, por lo que recuerdo, no nos fuimos detenidos como en otras acciones, aunque si se iba uno tratábamos de que nos fuéramos todos para no dejarlo solo. Fue una experiencia de fuerza y unión”, añade emocionada.

La acción de denuncia contra el tabloide más influyente de Chile se constituyó en un verdadero “bautizo” para muchos involucrados en el “Sebastián Acevedo”, un sacramento implacable, furibundo, lleno de aspereza.

“En la acción afuera del diario El Mercurio, pescaron a un muchacho de apellido Ulloa y le pegaron lumazos, fue uno de los que más sufrió con los Carabineros”, reconoce Roberto Bolton, sacerdote fundador del MCTSA junto a José Aldunate.

Según palabras de este último, el objetivo era crear conciencia y denunciar las torturas, y el medio para darlos a conocer era que saliera en la opinión pública, aún a riesgo de que alguno saliera herido.

“Cortamos el tráfico de las dos calles que interceptaban con El Mercurio y pusimos el lienzo. Luego llegó la policía con el guanaco y el escándalo fue mucho mayor porque era en pleno centro de Santiago”, aclara el religioso.

El amanecer de la resistencia

Corría 1983 y la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet Ugarte cumplía 10 años al mando del poder político en Chile. A esas alturas, y aunque el régimen no lo reconocía públicamente, vastos sectores ciudadanos y la comunidad internacional tenían conocimiento de las constantes violaciones a los Derechos Humanos que se cometían en todo el territorio nacional.

A base de torturas, represión y un férreo control de las actividades opositoras, el país que imaginaron los autores intelectuales del derrocamiento a Salvador Allende Gossens se estaba haciendo realidad.

Profundos cambios políticos, sociales y culturales fueron llevados a cabo a la fuerza a través de la imposición de una mirada a largo plazo, donde se implantó un sistema de corte liberal en lo económico, y conservador en creencias y estructura valórica.

En ese contexto, millones de personas sufrieron en carne propia las decisiones de la administración militar, tanto los que se vieron beneficiados con las nuevas políticas como los que, por pensar diferente, tuvieron que soportar las sistemáticas vejaciones de la autoridad de turno.

Diversos testimonios dan cuenta de lo álgido de la época, no sólo por las violentas transformaciones que se efectuaban, sino también por el drama

individual que cada ser humano debía sobrellevar en una sociedad fuertemente polarizada.

La Iglesia Católica de Chile no escapó a las bifurcaciones del entorno social, pues una parte apoyó sin cuestionamientos las directrices del régimen, mientras otra siguió la influencia de la Teología de la Liberación para encausar su ejercicio cristiano ante los hechos.

En esa línea se encontraban sacerdotes de perfil más moderado dentro del clero como el Cardenal Raúl Silva Henríquez, creador -entre otras organizaciones- del Comité Pro Paz, Vicaría de la Solidaridad y la Academia de Humanismo Cristiano, o instituciones como el Servicio Paz y Justicia (Serpaj), que ya desde los años 70 ofrecía “Jornadas por la Paz” o actividades de denuncia como velaciones, liturgias y vigiliat.

Asimismo, la influencia desplegada por importantes religiosos como el pastor metodista estadounidense Earl Smith –miembro activo del American Fellowship of Reconciliation (AFOR)- el brasileño Helder Cámara, el francés Jean Goss o el laico argentino Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, fueron claves para dar forma al movimiento cristiano que enarbolaría la bandera de la no violencia activa en América Latina.

Muchos sacerdotes nacionales y extranjeros en el país sintieron el llamado de esta línea de pensamiento, enlazándola con las violaciones a los DD.HH. que Pinochet llevaba adelante. Algo había que hacer, ya no bastaba con rezar, era hora de salir a la calle.

Nace el Movimiento contra la Tortura

El sacerdote José Aldunate Lyon nació en el seno de una familia de la alta burguesía santiaguina. Pasó su niñez entre Chile y Gran Bretaña, para luego, ya más joven, ingresar a la orden de los jesuitas.

Radicado en Francia en 1948, conoció al Padre Alberto Hurtado, quien estaba de visita en Europa. Hacen amistad y dos años después, de vuelta en nuestro país, dirigen juntos la Asamblea de la Acción Sindical Chilena.

El carácter activo de Aldunate empezó a consolidarse en este tipo de acción religiosa, por eso después de titularse de teólogo, inició su periplo como maestro de Teología Moral en la Pontificia Universidad Católica.

Reconocida era su labor académica e intelectual, sin embargo -y al igual que muchos de sus pares-, comenzó a sentir la necesidad de hacer algo más allá de la enseñanza propia de un profesor católico, ante los sucesivos comentarios que narraban los flagelos que muchos de sus compatriotas sufrían a manos de la entidades represoras de Pinochet.

En sus diálogos constantes con los sacerdotes Mariano Puga y Roberto Bolton, a quienes siempre consideró como grandes amigos, se comenzó a gestar un grupo de acción y reflexión contra la tortura.

“Nos llegó la noticia de las crueles violaciones que se estaban produciendo en Carabineros, porque antes los que torturaban eran la DINA y la CNI, que eran cuerpos de policía secreta del gobierno, pero ahora esta situación había pasado a Carabineros que tenían centros de tortura en las comisarías, entonces ahí nosotros decidimos hacer algo como grupo”, recuerda “Pepe”, como cariñosamente le nombran sus más cercanos.

La incipiente organización tenía sus raíces en las diversas Comunidades Cristianas de Base de finales de los años 60`, que, influenciadas por la Teología de la Liberación, optaron por volcarse a las poblaciones más marginales apoyando a pobres y trabajadores.

Esa corriente de alcance latinoamericano tuvo una respuesta concreta en Chile a inicios de 1970, cuando se produjo el nacimiento de la comunidad EMO, Equipo Misión Obrera, conjunto de sacerdotes cristianos, curas obreros y diferentes agentes pastorales.

EMO fue muy importante en el proceso que vivieron sobre todo Aldunate y Bolton hasta 1983, pues entregó una directriz clara de lo que pretendían ambos religiosos con la nueva agrupación que estaban decididos a formar.

“Nos juntábamos en la Parroquia Sagrado Corazones de la Alameda, que queda frente a la Estación Central. En el primer piso nos prestaban una pieza donde tratábamos los temas complicados de ese tiempo y pensamos qué podíamos hacer. Uno de esos temas fue la tortura”, rememora Roberto Bolton.

La primera conclusión era luchar de manera violenta, pero decidieron solicitar datos más acabados antes de tomar cualquier decisión.

“Le pedimos a una doctora que había atendido a torturados que nos ilustrara esa realidad, esa doctora era Fanny Pollarolo. Un día concurrió a nuestra reunión y nos habló de la realidad de la tortura en las personas que ella había atendido. Ahí nos dimos cuenta del horror que significaba esta acción”, sostiene el sacerdote en referencia a la psiquiatra y ex diputada socialista.

Aldunate y Bolton sabían que dentro de la Iglesia Católica chilena existían algunos obispos que, preocupados por el tema de la tortura, habían nombrado un comité especial para tratar el asunto.

Este grupo -donde también participaba gente laica- no superaba las seis personas, se reunía en un lugar cercano a Alameda con calle Dieciocho y era calificado como una organización oficial dentro de la Iglesia.

“Nos reunimos con ellos, pero nos dijeron que no estaban organizados para hacer algo, pues sólo investigaban de lo que está pasando con la tortura en Chile y luego informaban. Su finalidad no era hacer acciones”, sostiene Bolton haciendo memoria.

A pesar de que a la agrupación a la que acudieron cumplía solamente labores de indagación y recopilación de noticias relacionadas, los religiosos vieron con buenos ojos los datos que podían extraer de ese ámbito.

Fue así como les propusieron trabajar en conjunto, en una faena constante de retroalimentación y ayuda mutua.

“Ustedes nos informan de dónde se están haciendo las denuncias y nosotros nos encargamos de la acción, acordamos, y así lo hicimos. Empezamos a ver la forma de llevar a cabo esta acción de la forma más efectiva posible, y pensamos hacer una protesta pública con la forma de la no violenta activa”, dice Bolton al recordar el trato.

Moldeando la nueva fuerza opositora

Con el acuerdo cerrado entre el estamento de la Iglesia Católica que se ocupaba del problema de la tortura y la disposición total de los fundadores de la iniciativa, la idea general del nuevo movimiento comenzó a tomar forma.

“Nos comprometimos a crear conciencia de lo que estaba sucediendo, porque las torturas siempre se practican clandestinamente, alguien que lo hace no quiere que se sepa, por eso consideramos de mucha importancia denunciarlos públicamente. También lo hacíamos para que se supiera que en Chile había gente consciente que no quería más tortura”, relata Aldunate, explicando uno de los objetivos esenciales del grupo.

La mayoría de los que se enteraron del proyecto en una primera instancia eran personas ligadas, de una u otra manera, al catolicismo. De hecho, quienes vivieron la conformación original del Movimiento contra la Tortura confirman un predominio de sacerdotes y religiosas, aunque de diversas congregaciones.

Marion Lapostol, una de las integrantes que se unió a la agrupación cuando trabajaba dentro de la iglesia, confirma lo anterior.

“El movimiento fue armado por los curas. Yo, por ejemplo, trabajaba en la Vicaría de la Zona Oeste en las comunidades cristianas, que fue una corriente súper fuerte en aquella época. La iglesia nos daba fuerza a los católicos, el movimiento se formó por gente católica y después se fueron integrando los laicos”, afirma.

En efecto, fueron aquellos curas y monjas -liderados por “Pepe” y Roberto Bolton-, quienes obraron incansablemente en sectores marginales de Santiago, a través de una vocación fervorosa hacia los más desposeídos. Fue en las poblaciones donde muchos de ellos sintieron el llamado de hacer algo más “vistoso” contra el régimen.

El deseo de concretar la iniciativa comenzó a transmitirse de boca en boca y logró entusiasmar no sólo a católicos fervientes, sino también a los diferentes laicos que prestaban servicio en templos y parroquias.

“Era un movimiento de poblaciones. Había de todas las congregaciones, agentes pastorales, laicos que ayudan en las capillas, etc.”, ratifica Aldunate Lyon.

En efecto, progresivamente diferentes actores sociales del cristianismo chileno vieron en la naciente campaña una alternativa viable de manifestación para, primero, denunciar las continuas violaciones a los derechos humanos, y, segundo, aportar a la recuperación definitiva de la democracia.

Al principio y en plena comunión con el propósito general, la gente que adscribía a la Teología de la Liberación y estaba interesada en este grupo de denuncia pública contra la tortura, emprendió un fuerte arraigo en las comunas periféricas de Santiago, lugares donde entendían se concentraba la ayuda más urgente.

“Nos juntábamos a denunciar los abusos, pero además queríamos acabar con el régimen para que regresara la democracia, entonces, entre otras cosas, hacíamos un diario clandestino que se llamaba “Policarpo”, con eso apoyábamos a los pobladores en sus concientizaciones, en sus ollas comunes, en ayunos, etc.... en el fondo estábamos en todos lados donde se hacía lucha no violenta, sobre todo en las poblaciones y capillas”, argumenta el sacerdote jesuita.

Rosita Parisi, periodista e integrante del movimiento desde sus primeras acciones, destaca en la misma línea la trascendencia de la doctrina cristiana en la constitución del grupo, aunque advierte que era la iglesia obrera, aquella que siempre se la jugó por los pobres, la que sostuvo el proceso original de la agrupación.

“Había un fuerte componente cristiano y religioso (aunque no todos eran cristianos), vale decir, amor al prójimo, una sociedad igualitaria, el mensaje evangélico de no ver sufrir al otro, en el fondo un mensaje cristiano importante”, advierte llena de emoción.

Poco a poco -y antes de salir a la calle por primera vez- se empezaba a delinear una Comunidad Cristiana de Base de amplio espectro, igual que muchas otras que se habían armado en años anteriores, sólo que ésta apuntaba a algo mucho más específico y de alto impacto; el fin de la tortura en nuestro país.

Asalto al Cuartel Borgoño

Los nervios del estreno hacían vacilar a las cerca de 70 personas convocadas por el Movimiento contra la Tortura. Cuando caminaban en dirección al número 1470 de la calle Borgoño muchos querían volver sobre sus pasos.

Pero en la mañana del 14 de septiembre de 1983 no cabían las vacilaciones. Era ahora o nunca para los torturados, era ahora o nunca para todos, para ellos, para Chile.

El invierno estaba llegando a su fin. El cuartel ilegal de la Central Nacional de Informaciones esperaba, desolado, la llegada de los manifestantes.

Alguien sacó el lienzo, y luego de desplegarlo en el portón de fierro del lugar, un miedo incómodo se paseó por los estómagos de cada uno de los presentes. Se sentaron en el pavimento deteniendo el tránsito y comenzaron a cantar contra la tortura.



Mientras algunos repartían volantes que aclaraban las razones de la acción, el escándalo se fusionó con el ruido valiente de las gargantas indignadas.

Luego de unos instantes, José Aldunate tomó la palabra y se dirigió a los que pasaban por allí para mostrarles el local donde la CNI torturaba.

Los temores empezaron a declinar a medida que el sacerdote hablaba, tranquilo, sereno, calmando el ímpetu colectivo. La verdad se hacía presente, suficiente para inundar el espíritu de cada uno de los presentes.

Fue una acción relámpago, como sería la tendencia en los actos futuros del movimiento. Cuando comenzaban a retirarse, Carabineros hizo su ilustre entrada, llevándose a varios a cuestas.

El saldo era la cárcel provisoria de muchos y la difusión del hecho en algunos diarios del día siguiente. La primera acción salió en todas partes, la opinión pública descubría al Movimiento contra la Tortura, el que invocaba a la libertad en las agitadas calles de Santiago.

No violencia activa, ética y metodología

Dos días antes de la presentación en sociedad del grupo en las afueras del Cuartel Borgoño, vale decir, el 12 de septiembre de 1983, José Aldunate y Roberto Bolton dieron inicio oficial al Movimiento contra la Tortura.

Con la idea básica ya armada, mucha gente expresó su interés por participar. La novedad la constituía la diversidad de sectores desde donde venían esas personas.

El grupo se convertiría en una agrupación pluralista, en el que intervendrían cristianos y no cristianos, monjas, sacerdotes, estudiantes, profesionales, pobladores, laicos, integrantes de organizaciones de derechos humanos, familiares de víctimas del régimen militar y hasta dueñas de casa.

Esa multiplicidad de visiones enriqueció el tramado conjunto, pero, al mismo tiempo, hizo compleja la estructura general. Sin embargo, el buen trabajo de los fundadores siempre hizo converger a los participantes en el hilo conductor de la no violencia activa.

“Nosotros adscribíamos a la doctrina de Gandhi que era la lucha no violenta, porque sabíamos que era más eficaz como método de protesta. La acción violenta levanta la represión violenta y no queríamos provocar esa reacción en los demás”, explica el padre Aldunate.

La referencia al líder indio fue clave para la construcción del movimiento, ya que su ejemplo permanente de activismo político-espiritual permanecía fresco en la memoria de los religiosos.

“Nos reunimos a ver una película de Mahatma Gandhi, fue una de las reuniones que tuvimos para comenzar el movimiento”, ratifica Bolton.

Las bases esenciales del cristianismo que profesaban se debía manifestar consecuentemente con la forma de acción pública, por eso la lucha que emprendieron tenía directa relación con no dañar al otro, aunque éste hiciera constante uso de la violencia para amedrentarlos.

“Tuvimos una asamblea instructiva de intercambios y siempre estuvo en nuestra mente actuar bajo la forma de no violencia, aunque sabíamos que dentro del movimiento había gente violentista o no partidarios de la metodología, no obstante, ellos respetaron sin excepción el pacifismo que tenía el grupo”, complementa el sacerdote.

Ante la gravedad de los hechos que acontecían en Chile, el uso de la no violencia era una decisión compleja para un equipo que buscaba consolidarse, pero la opción general fue formar una estructura diversa y transversal en absoluta coherencia con el método de protesta elegido, tal como lo confirma Rosita Parisi.

“Cuando hay un acontecimiento político, diversos grupos se reúnen para solucionar ese problema con el estilo que cada uno determine, en nuestro caso era luchar contra la tortura sin pensamiento político”.

Para los fundadores y las personas que decidieron formar parte del movimiento, las grandes doctrinas que los guiaban –llámese Teología de la Liberación y la misma no violencia activa- eran una orientación ética que los obligaba a ratificar su postura en la calle.

Por eso no extrañó que en ocasiones tuvieran que aplicar sanciones a aquellos que no lograban mantener la calma ante la violencia de la policía.

“Éramos bastantes estrictos. Algunas veces teníamos que suspender a integrantes del grupo por haber reaccionado. Una vez le pegaron a un carabinero y en otra le quitaron la gorra, entonces los suspendíamos inmediatamente. Nosotros entendíamos que algunos cometieran actos de violencia, ya que había gente del MIR, comunistas y otras del estilo, pero procurábamos que mientras estuvieran en el movimiento no actuaran con violencia”, indica el padre Aldunate.

El mismo sacerdote aclara que no consideraban a los funcionarios de los aparatos represores de la dictadura como sus rivales, pues entendían que sólo seguían órdenes.

“Nunca vimos a los carabineros como enemigos. Para nosotros el enemigo era el régimen, los carabineros sólo eran útiles para el régimen, seguían órdenes, yo nunca tuve un resentimiento hacia algunos de ellos”, fundamenta el religioso jesuita.

Con la metodología de acción plenamente identificada y un par de actividades en el cuerpo, el movimiento encontraría un obstáculo que no estaba en los planes inmediatos; la jerarquía de la Iglesia Católica.

Desacuerdos con la alta esfera eclesiástica

José Aldunate y Roberto Bolton consiguieron el visto bueno del comité administrativo de la Iglesia Católica que se encargaba del tema de la tortura en los años 80, integrando incluso sus investigaciones para realizar las acciones del movimiento.

Sin ir más lejos, ellos mismos redactaron una carta condenando el ejercicio de esta práctica, alentando las actividades del grupo en el futuro cercano.

No obstante, y para sorpresa de muchos, el Arzobispo de la Arquidiócesis de Santiago, Juan Francisco Fresno, designado sucesor del Cardenal Raúl Silva Henríquez por el Papa Karol Wojtyła (Juan Pablo II), apareció públicamente cuestionando los actos de la agrupación, argumentando que no evaluaba bien que algunos sacerdotes ejecutaran acciones de este tipo.

Fresno, escogido por la máxima autoridad eclesiástica el 6 de mayo de 1983, asumió su cargo 35 días después, haciendo valer todo el peso de su figura ante la insolencia de los “curas rebeldes”.

Las declaraciones del Arzobispo fueron emitidas en una de sus primeras conferencias de prensa, situación que confundió a los fundadores del movimiento.

“Le preguntaron si le parecía bien este grupo de sacerdotes que salían a protestar pacíficamente, y Fresno respondió que no le parecía”, confirma Bolton.

Sin pensarlo ni un instante, éste último fue en busca de una explicación, teniendo en cuenta el excelente vínculo que los unía. La respuesta del Arzobispo llenó de sorpresa al cura obrero.

“Me dijo que los periodistas lo habían pillado volando bajo... entonces me indicó que lo hiciéramos, que le parecía bien, sólo que antes de cada manifestación se lo hiciéramos saber para estar de sobre aviso y no volver a cometer errores”, relata Bolton.

La aclaración satisfizo al religioso, que volvió triunfante a comunicarle a sus compañeros la aprobación de Fresno. Sin embargo, y prácticamente al mismo tiempo, los integrantes del movimiento sabrían las causas reales de la molestia en las cúpulas de la institución católica.

Las inquietudes del Arzobispo estaban relacionadas con el nombre que el grupo adoptó e hizo suyo en noviembre de 1983, dos meses después de la primera acción, cuando se enteraron del suicidio de un trabajador sureño llamado Sebastián Acevedo Becerra.

Sólo veo al Inmolado

“Mi papá le comentó a un amigo que se iba a inmolar, se lo dijo un día antes, le dijo textual, “dada esta situación, tengo dos opciones; o me crucifico o me inmolo frente a la Catedral de Concepción. Él estaba con la decisión tomada”, relata María Candelaria, hija mayor de Sebastián Acevedo.

Su decisión era radical, concreta, de palabra, tal como lo fue toda su existencia. El obrero coronelino sabía exactamente cuál podría ser su destino.

“Ese día fue a una galería, compró un encendedor y un bidón lleno de bencina, fue a dejar sus documentos al arzobispado y ahí salió rumbo a la catedral, se roció con el combustible y con el encendedor en la mano amenazó para que les dijeran el paradero de sus hijos” (...)

(...) “Él sólo pedía que a ellos le siguieran un juicio justo si eran culpables, y si no, que se los pusieran al frente para saber que estaban vivos. En el intertanto apareció un teniente joven de carabineros que se acercó, ahí mi papá puso una línea en el suelo, que si alguien pasaba esa línea él se iba a prender fuego. Lamentablemente el carabinero atravesó y mi papá sólo le dijo que debía creer en la palabra de los hombres, que le pedía perdón a Dios y a sus hijos por lo que estaba haciendo (...)

(...) En ese momento se prendió fuego, bajó y llegó frente a la catedral donde había un paradero de taxi, cayendo preso de la llamas. Los mismos choferes de los taxis sacaron los extintores y lo apagaron, llamaron a la ambulancia, pero ésta no llegó nunca y al final una misma patrulla de carabineros lo llevó al Hospital Regional de Concepción”, recuerda emocionada su hija.

Los últimos momentos de vida del obrero fueron impactantes. Los médicos que lo atendieron en el centro asistencial penquista no se explican como el cuerpo y el espíritu de Sebastián demoró tanto en extinguirse.

Quince minutos antes de las 12 de la noche del mismo 11 de noviembre de 1983, la vida de Sebastián Acevedo se apagó para siempre.

“Mi papá agonizó desde las 4 de la tarde, hasta cerca de la medianoche. No hay una explicación del porqué duró tantas horas si tenía más del 90% de su cuerpo quemado. Creo que la fuerza interior que tenía mi padre era infinita”, confirma María Acevedo.

Esa misma fuerza que impactó al mundo entero fue advertida por el Movimiento Contra la Tortura, que al ver este gesto desesperado lleno de convicción y consecuencia, llevó al grupo a inspirarse en él y, a modo de homenaje, decidieron usar su nombre para la eternidad.

La inmortalidad de un hombre

“El grupo ya salía a denunciar antes de la muerte de mi papá, por el asunto de los recintos secretos de la CNI, pero luego de la inmolación ellos se reunieron y decidieron hacerle un homenaje usando su nombre, porque sabían que mi padre dio su vida para que de cierta manera en Chile no hubiera más torturas ni abusos”, rememora su hija mayor.

Luego añade, “a nosotros como familia nos reconforta que el Movimiento Contra la Tortura se haya inspirado en nuestro padre, nos llena de orgullo que el nombre Sebastián Acevedo haya pasado de cierta forma a la historia y memoria de nuestro país”, señala.

Sin embargo, la jerarquía de la Iglesia Católica nunca estuvo de acuerdo con bautizar como “Sebastián Acevedo” a un movimiento que en su gran mayoría era de esencia cristiana.

En palabras del propio Roberto Bolton se esboza la sentencia que tenía esa institución en la época.

“Lamentaban que hayamos escogido el nombre de Sebastián Acevedo como inspirador de este grupo, ya que había sido comunista, y sobre todo sus hijos que participaban activamente en las juventudes de izquierda. La iglesia tenía ese prejuicio”, explica el sacerdote.

Luego agrega que “a nosotros nos parecía válida la opinión de la iglesia, pero considerábamos que usar el nombre del obrero coronelino y adoptarlo como nombre oficial del movimiento era algo muy cristiano, ya que lo que hizo fue un acto de amor al prójimo y, más aún, si se trató de sus propios hijos”.

Asimismo, Marión Lapostol recuerda el momento en el cual decidieron inspirarse en el trabajador penquista luego de su inmolación.

“Fue una medida espontánea. El hecho tan horrible de que sus hijos estaban siendo torturados y que él no lo sabía, fue algo agobiante, eso lo llevó a inmolarse. Lo que realizó es tremendamente impactante. Recuerdo que nos reunimos luego de saber de la inmolación y analizamos el hecho, pero desconozco quién fue el primero en proponer que nos llamásemos Sebastián Acevedo”.

Lapostol afirma que el espíritu del trabajador sureño los guió cada vez que salían a la calle y que siempre intentaron estar a la altura de su acto.

“Nos sentimos tremendamente inspirados en este obrero penquista, porque en una época donde la cobardía era lo más predominante, un acto tan valiente como el de él nos instó a seguir luchando por las personas que más sufrían y, nosotros, con nuestro pequeño grano de arena supimos llevar el nombre de Sebastián Acevedo a lo más alto”, termina con nostalgia.

Sebastián tiene sed

Después de tomar formalmente el nombre de Sebastián Acevedo, los miembros del grupo sabían que lo tenían todo en contra. No sólo el clima hostil de la dictadura y los miedos individuales, sino también una parte de la Iglesia Católica chilena, por eso decidieron -siempre a través de determinaciones grupales- comenzar a usar un lenguaje codificado que les permitiera entenderse rápido y protegerse de los agentes encubiertos de Pinochet.

“Nosotros teníamos códigos. Entonces, nos juntábamos y decíamos que íbamos a tomar agua a algún lugar y ahí hacíamos la acción, en el fondo uno nunca sabía dónde iba a realizarse, sólo lo sabíamos en el momento”, relata con entusiasmo Marion Lapostol, graficando una de las claves que utilizaban para ejecutar una protesta.

El hecho de que los vincularan con agrupaciones de izquierda no constituía un problema ideológico, pero en la práctica los hacía potencialmente peligrosos.

Las diferentes fórmulas para equiparar el “idioma en el que hablaban”, le sirvió al MCTSA para generar fuertes relaciones de confianza y una poderosa complicidad en las acciones que preparaban.

Sin embargo, utilizar códigos no aseguraba el éxito de las protestas, ni lograba que una manifestación cumpliera de forma permanente sus objetivos.

La organización en la lucha no violenta era fundamental, por eso desde un inicio los fundadores optaron por una coordinación rigurosa y sistemática de cada paso que diera el conjunto, de manera que todos supieran a carta cabal que tenían que hacer en los distintos escenarios.

“Había un grupo que se llamaba equipo coordinador, pero asimismo habían personas que hacían núcleos con otras personas y éstas, a su vez, formaban pequeñas cuadrillas en distintos puntos, en distintas universidades y era la manera en que se transmitía la información”, aclara la periodista Rosita Parisi, explicando el núcleo esencial que daba vida a las acciones del movimiento.

El citado equipo coordinador –elegido democráticamente- lo lideraban José Aldunate y Roberto Bolton, además de un círculo más íntimo de personas que, debido a su alto compromiso con el destino del grupo, fue tomando mayor protagonismo.

Ellos se encargaban de comunicar un Plan, fijaban un lugar de encuentro y hacían llamar a los equipos de trabajo repartidos por la capital, los que, dicho sea de paso, acudían inmediatamente.

Existían también las Intermedias, bautizadas así por ser reuniones ampliadas donde confluían cientos de participantes de diferentes tendencias y sectores de Santiago. En esos ámbitos puntuales también se elegían actividades y formas de manifestación, aunque de manera más horizontal.

“Prevalecían dos cosas, que la acción que se iba a realizar fuese realmente cierta y conmovedora, y el otro aspecto era más bien de tipo técnico, es decir, cómo se iba a hacer la protesta -lo que se llamaba en ese tiempo el estilo operativo-, cuántos minutos iba a durar, dónde iba a estar la policía ubicada y cuánto tiempo demoraría en llegar, porque tampoco se trataba de exponernos a que nos pegaran”, advierte Parisi.

El Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo no era de por sí jerárquico, aunque muchos miembros reconocen que en los cuatro primeros años de vida del grupo la influencia de los fundadores era patente, sobre todo en el caso del padre Aldunate.

“Habían algunos que se fueron destacando. Alguna vez se nombró a responsables mayores y, sin duda, el mayor responsable era José Aldunate. Luego venía yo, que estuve desde un principio”, confirma con certeza Roberto Bolton.

La misma opinión tiene Lapostol, que confiesa el enorme respeto que existía en torno a la figura del sacerdote jesuita.

“Había que esperar donde se paraba el “Pepe” y entonces ahí recién sabíamos dónde íbamos. Él era como la referencia”, asiente la mujer que desempeñaba funciones en la Vicaría Oeste.

Este grado de predominio de los creadores duró aproximadamente hasta septiembre del año 1987, momento en que el movimiento volcó su orgánica hacia el asambleísmo. Esta decisión se basó en la presión que desplegaban grupos más radicales (como algunos integrantes del MIR) que no confiaban en

el cronograma de democratización que estaban llevando a cabo las autoridades políticas del régimen militar, conjuntamente con algunos sectores de la oposición de la época.

Sin perjuicio de lo anterior, a lo largo de toda la historia del MCTSA se intentó siempre imprimir un sello pluralista y democrático a la organización interna del grupo, hecho que en los últimos años recayó en la nombrada “Asamblea de Evaluación”.

Evaluar para perfeccionarse

A lo largo de las cerca de 180 acciones colectivas de denuncia que realizó el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo, existió un factor común que unía, mejoraba y solidificaba la obra conjunta.

Toda vez que se salía a la calle, previa planificación de detalles propios de cada protesta y elección de roles definidos, se evaluaba adecuadamente finalizada la actividad.

Este ejercicio estaba a cargo de la Asamblea de Evaluación, una especie de reagrupamiento rápido de los participantes que servía de catarsis y distensión general.

Su importancia, no obstante, iba aún más allá, pues en ella se identificaban errores, se aplaudían fortalezas y se perfilaban los lineamientos futuros de la agrupación.

“Después de cada acción había una evaluación para ver lo bueno, lo malo, cuántos habíamos caído detenidos, etc. Nos criticábamos, nos felicitábamos, muchas veces nos alegrábamos porque nadie quedaba detenido, pero en otras había críticas en cuanto a la disciplina o la forma de actuar. Todo se hablaba ahí, en la evaluación”, recuerda Ana Cristina Torrealba.

Para el padre Bolton esta herramienta era imprescindible, ya que se lograba con celeridad determinar las actividades que pronto habrían de efectuarse.

“Luego de cada acción nos reuníamos en una parte y analizábamos los actos que hacíamos. En esas asambleas también designábamos a una persona que nos aseguraba otra acción que venía”, cuenta el sacerdote.

Fue precisamente la Asamblea de Evaluación quien asumió las riendas de la agrupación en septiembre de 1987. En una fase de democracia más horizontal, el conjunto en su totalidad comenzó a definir que era bueno o no de ejecutar, situación que hizo perder preponderancia a los fundadores. Sin embargo, y en una muestra más de la relevancia de José Aldunate, él nunca dejó de ser el vocero público del movimiento.

Métodos y prácticas no violentas

En términos generales, las acciones del MCTSA eran del tipo “relámpago”, pues duraban entre 5 y 7 minutos como máximo. El objetivo era no levantar sospechas de lo que venía, desorientar a las autoridades policíacas –siempre muy atentas para intervenir en caso de desorden- y no dar tiempo de reacción a las mismas.

Como reconocen la mayoría de los que alguna vez integraron el grupo, las protestas tenían 5 cualidades que las distinguían sin cuestionamientos.

La primera es la presencia de un lienzo extendido que apuntaba, a través de una frase abierta de denuncia, a delatar la tortura. Un ejemplo clásico es el “Aquí se tortura”, de la acción inicial del grupo.

La segunda es la verbalización del abuso por medio de una letanía o un discurso con megáfono o a viva voz. Para ello existía casi siempre un piloto, y el resto de los participantes debía repetir al unísono.

La siguiente es la utilización del himno “Yo te nombro Libertad”, cantado por todos los que se congregaban en la acción.

La cuarta característica es interrumpir el tráfico vehicular, con el objetivo de parar el tránsito normal y llamar la atención de las personas que circulaban por las inmediaciones.

Y la quinta condición es la aparición de la prensa, escenario que se daba únicamente cuando muchos de los miembros se iban detenidos. Esto se conoce como el “hecho policiaco”.

La denuncia se hacía a través de acciones colectivas planificadas con el mayor de los cuidados, lo que constituía su mejor y más probado recurso.

El movimiento también usó otras formas de hacer llegar su mensaje; la repartición masiva de cartas a instituciones, individuos o personajes mediáticos con datos precisos sobre los centros de detención legal e ilegal del régimen; sentidas declaraciones a la opinión pública, “aplausos” o actos de felicitación a los medios de oposición (Fortín Mapocho, Revista Análisis, entre otros) y al abogado René García Villegas (juez que sustanció más de 350 casos de tortura en contra de la CNI); y práctica de liturgias y vigiliias a favor de la libertad de los presos políticos.

El abanico de acciones empleado por la agrupación era tan diverso como las personas que componían el grupo, lo que a todas luces era una de las grandes riquezas que siempre ostentó el MCTSA, desde su nacimiento hasta su muerte.

La consolidación de una lucha temeraria

Muchas de las acciones del movimiento quedaron registradas en la memoria de un país poco acostumbrado a lucha social no violenta.

Los crímenes cometidos por el régimen encabezado por Augusto Pinochet eran una amenaza constante para la disidencia, de ahí que los actos públicos de la agrupación cobraran tanta relevancia con el paso del tiempo.

Un testigo presencial de las manifestaciones fue Juan Carlos Cáceres, miembro de la Asociación de Fotógrafos Independientes (AFI) y colaborador de medios de prensa nacionales y extranjeros.

“Para nosotros que retratábamos los acontecimientos, era un grupo de mística especial, organizado y que no fallaba nunca cuando se avisaba de una acción. Eran puntuales, por lo tanto había que llegar un poco antes para asegurarnos de no perdernos las fotografías”, afirma el reportero gráfico del desaparecido periódico “Fortín Mapocho”.

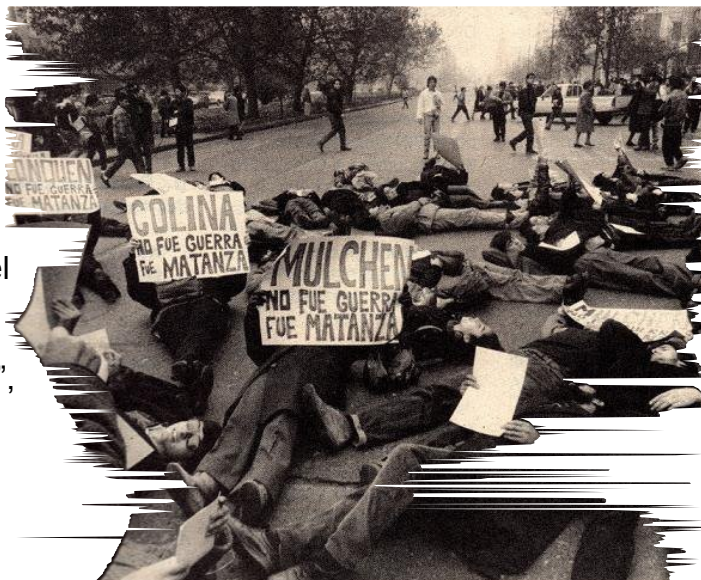
“Era un grupo valiente y de alguna forma nosotros también tomábamos su valentía. Había que tener mucho coraje para pararse frente a un cuartel de la CNI, un cuartel policial o militar y gritar que ahí se torturaba, muchas veces sentimos el miedo al dirigirnos a alguno de esos lugares, pero cuando ellos empezaban a cantar y leer con fuerza sus demandas daban fuerzas y un gusto muy especial de fotografiarles. Ahí el miedo se acababa”, relata con certeza Cáceres.

Ese espíritu constituía el verdadero tesoro del “Sebastián Acevedo”, quienes nunca cesaron en poner de manifiesto las vejaciones contra los DD.HH. que se cometían durante la dictadura.

Si bien algunas protestas quedaron definitivamente en la retina colectiva, existieron muchas otras que pasaron a la historia por la inusitada violencia desplegada por las fuerzas policiales, o por el poderoso simbolismo que reflejaron en su momento.

Ana Cristina Torrealba rememora una de ellas, justo en la principal arteria de la capital, la Alameda Bernardo O'Higgins.

“Fue una acción muy potente en la Alameda, frente a la Iglesia San Francisco. Cortamos la avenida en los dos sentidos con unos lienzos y pancartas que decían “No fue guerra, fue matanza”, y todos acostados en el suelo... esa acción, sumado a la gran cabida en el espacio público, fue una de las potentes de las que tenga memoria”, sostiene.



En efecto, la determinación con que cada integrante del Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo salía a protestar arrancaba sentidos elogios, pues exponían sin recelos su integridad física y psicológica.

“La primera vez que los vi no pensé precisamente en ellos, sino que en la acción policial. Al ver que no se movían y seguían cantando, los carabineros empezaban a golpear y a arrastrar a los manifestantes. Fue chocante ver que golpeaban a personas que cantaban sentados y seguían su acción sin responder con golpes, mientras los demás intentaban subir al bus policial para también ser detenidos y correr la misma suerte de sus compañeros”, reconoce Juan Carlos Cáceres.

Luego agrega, “ahí se produjo una cosa absurda y cómica, pues los “pacos” los echaban para abajo y los conminaban a retirarse. Ahí sentí que la razón la tenían los que denunciaban, porque eran más inteligentes al desconcertar a sus agresores y hacerlos actuar de manera absurda ante esta inesperada respuesta de los manifestantes”, finaliza.

La impecable planificación y correcta ejecución de las acciones hicieron que el grupo entrara en una fase de consolidación, alcanzando un número crítico de alrededor de 500 personas activas en los años de mayor auge del movimiento.

Esta masa de gente consciente redundó en intensas manifestaciones, cada vez más organizadas, como la que narra Marion Lapostol.

“Recuerdo mucho cuando le cambiamos el nombre a la calle 11 de Septiembre, fue algo muy especial, porque uno no sabía si en el otro semáforo estaba tu hermano, pero igual estábamos ahí y le cambiamos el título a la calle por 4 de septiembre, ya que esa fecha fue la transmisión del mando de (Salvador) Allende”.

Fueron este tipo de expresiones los que le dieron el sello identificativo al “Sebastián Acevedo”, pues forjaron actos llenos de creatividad y sorpresa.

No obstante, muchos evocan protestas donde la represión policial fue dura. Esas acciones curtieron la piel de los integrantes y enseñaron grandes lecciones de cara a las próximas salidas a terreno.

“Me acuerdo de una que fue muy violenta en la Biblioteca Nacional, donde la represión fue en extremo fuerte. El agua que nos lanzó el guanaco estaba con ácido... incluso fue tan dura la réplica que no recuerdo lo que decía el lienzo”, cuenta Ana Cristian Torrealba.

Para José Aldunate, las primeras acciones del MCTSA marcaron el alma de la organización y le dieron el bagaje necesario que se requería para llegar a ser lo que fueron, aunque tuvieron que aprender a costa de golpes, gases e incluso la muerte de algunos de sus seres queridos.

“Más de alguna vez se les pasó la mano (a las fuerzas policiales). Fue el caso de Antonio Aguirre, que lo torturaron en la Comisaría número 36 de Pudahuel y lo mataron... nosotros nos pusimos al frente del lugar, silenciosos, con un lienzo que decía “Dónde está Toño Aguirre”. Al mes después supimos que su cuerpo había aparecido en la rivera del río Mapocho, comido por perros... ahí lo habían tirado”, recuerda con tristeza el sacerdote.



A tanto llegó la resonancia del movimiento que alcanzó a recibir cuatro condecoraciones que destacaban su valor formal y ético; “Premio Óscar Arnulfo Romero”, entregado en diciembre de 1984 por el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), compartido, dicho sea de paso, con el sacerdote Pierre Dubois; y los “ONG 2000”, “ONG 2001”

Sacerdotes fundadores y algunos miembros del MCTSA, resistiendo frente a Carabineros y “Monseñor Marco Proaño”, recibidos desde la Asamblea Latinoamericana de Derechos Humanos, en abril de 1988.

Con una historia rica en actos públicos, mucha experiencia callejera y una orgánica modificada a partir de 1987, la estabilidad y madurez alcanzada por la agrupación comenzó a tambalear, justo cuando el contexto sociopolítico de Chile también denotaba importantes cambios.

Después de una lucha fervorosa, el Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo empezaría a ceder al desgaste propio de un combate sin tregua, merced a sus propias cavilaciones y desacuerdos.

La caída del gigante no violento

“El compromiso que teníamos con el movimiento era tan grande, que podíamos dejar todo de lado. Un ejemplo fue que a muchas mujeres del grupo el marido les decía, “el movimiento o la casa”... y esas mujeres sin dudar eligieron el grupo. Todo esto para que te des cuenta del afecto que teníamos por el “Sebastián Acevedo”, relata Pablo López, profesor de lenguaje que fue protagonista del MCTSA los últimos tres años de su existencia.

Si bien el vínculo con la agrupación era prácticamente a toda prueba, su disolución dejó con un sabor amargo a la mayoría de sus integrantes.

Luego de campañas “exitosas” y otros tantos fracasos durante su historia colectiva, el movimiento alcanzó su consolidación hacia fines de los años 80.

Al mismo tiempo, el régimen militar había logrado imponer sus directrices generales en materias políticas, económicas y sociales, dando un vuelco a la estructura gubernamental del país.

Chile era otra nación después de 17 años de dictadura. Los cambios realizados eran nítidos, patentes, pero la mantención en el poder de Augusto Pinochet estaba fuertemente cuestionada por la presión ejercida por la amplia cantidad de opositores, nacionales e internacionales.

Antes, durante y después del plebiscito donde los chilenos rechazaron la continuidad del Comandante en Jefe del Ejército como máxima autoridad política en 1988, las aguas dentro del “Sebastián Acevedo” estaban agitadas.

En septiembre de 1987, la orgánica del movimiento mutó, como hemos dicho, hacia una Asamblea de Evaluación que comenzó a tomar las decisiones importantes, fundamentalmente gracias al rol que algunos grupos más enérgicos desplegaban.

Hasta ese momento, los fundadores trazaban el camino donde avanzaba el grupo, en una distribución jerárquica más bien natural – y siempre democrática- que obedecía a cómo ellos habían concebido el proyecto en sus inicios.

Sin embargo, miembros radicales del movimiento que participaban de manera simultánea, por ejemplo, en el MIR, lograron influenciar al resto para conseguir una horizontalidad real.

“Empezó el problema de la discusión. Había una ambigüedad, había que decidirse... no podías ser del MIR y luego del “Sebastián”, no puedes ser cara y sello”, confiesa Marion Lapostol.

Luego argumenta que “empezaron voces que decían que había que defenderse de los golpes de los carabineros, por ahí empezó la cosa... y los nuevos integrantes querían dejar la embarrada, algo con más fuerza y se metió el asunto político, el MIR y los partidos políticos. También comenzaron las rivalidades de los religiosos con los no religiosos hacia el final del movimiento... en el fondo se fue desgastando”, termina.

La nueva forma de coordinación interna trajo consigo perjuicios y beneficios, tal como lo afirma Pablo López.

“Lo bueno es que en los últimos años del grupo no había una jerarquía, se empezó a accionar de forma más horizontal y eso era súper importante para los nuevos tiempos del grupo, pero lamentablemente no prosperó”.

Según varios miembros de la época, la transformación no prosperó porque José Aldunate siempre se opuso a seguir con el MCTSA en el período post-dictadura.

“Según mi opinión el grupo se acabó en el momento justo, no daba para más y no era necesario su continuidad en democracia”, aclara breve y tajante el sacerdote jesuita.

Muchos disintieron con la decisión de Aldunate, por considerar que la asunción de Patricio Aylwin Azócar no daba las garantías sobre el cese definitivo de los abusos.

“José Aldunate y Roberto Bolton fueron los que de cierta manera encaminaron el accionar del grupo. Personalmente creo que lo hicieron bien, pero era de las que pensaba que el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo nunca debió terminarse. No estaba de acuerdo con las personas que decían que llegando la democracia no había nada que denunciar, lo encontraba una tontera, cambiaron tal vez los parámetros, las formas, pero la tortura seguía y estaba”, enfatiza Lapostol.

La misma mujer entrega luces de las desavenencias que acabaron por cortar la prolongación del grupo.

“Había mucha rivalidad entre los mismos integrantes, porque había personas que estaban comprometidos con otras cosas, como partidos políticos, etc., entonces los curas prefirieron terminar con el grupo. Además empezó a llegar gente que quería algo más violento, entonces todo fue desvirtuando el accionar del movimiento”, agrega.

Roberto Bolton, en tanto, prefirió concordar con la sentencia de su amigo José Aldunate, aunque precisa que a él le hubiese encantado otro desenlace para la agrupación que fundó.

“El MCTSA mereció y merecía un final mejor del que tuvo. Fue un final opaco, ya que con la vuelta a la democracia había algunos que querían seguir y otros no, con esas discusiones el movimiento fue perdiendo fuerza y el carácter de solidaridad que tenía durante la dictadura. Todo eso lo hizo perder energía y se fue diluyendo. A mí me hubiese gustado que el movimiento hubiese tenido un final más glorioso”, se lamenta el diocesano.

Para Marion Lapostol, el cura Bolton jamás transmitió lo que verdaderamente pensaba de la situación, quizás acallado por la enorme figura que representaba José, su gran amigo.

“Creo que se guardó muchas opiniones, porque la sombra del “Pepe” era muy fuerte. Roberto Bolton era muy centrado, quizás lo apoyaba mucho. Él era la persona que nos relajaba, que contaba los chistes y nos decía, “acuérdense de arrancar con dignidad”, entonces cuando discutíamos una acción hacíamos todo eso, evaluar, relajarnos, controlar el miedo, etc. En el fondo la presencia de José Aldunate era muy fuerte para los demás miembros del movimiento y, en cierta medida, también para Roberto Bolton”, finaliza.

Hacia mayo de 1990, el Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo dejó de manera oficial de realizar acciones de denuncia, luego de innumerables sesiones de deliberación e intercambio entre sus integrantes.

Salvo algunas escaramuzas posteriores -sin mucha resonancia pública, por cierto-, la leyenda del grupo no violento cayó presa de sus discordancias internas.

Chile había conseguido la anhelada transición a la democracia, y sin duda alguna, el grupo de mujeres y hombres valientes que revelaban la tortura en plena dictadura, pagó el precio de una lucha cuerpo a cuerpo, frenética, pero hermosa, audaz y llena de sentido.

¿Por qué mi papá lo hizo?

El acto de inmolación de Sebastián Acevedo Becerra no dejó, bajo cualquier prisma, indiferente a nadie, en especial a sus hijos e hijas, que vieron como este hecho dio un vuelco en sus vidas que los marcaría para siempre.

María Candelaria Acevedo relata cómo luchó incansablemente para poder vivir sin la pesada carga que traía sobre sus hombros la muerte de su padre.

“¿Por qué mi papá lo hizo?, ¿por qué no espero?, fue lo primero que pensé luego de su muerte. Por años me sentí culpable de su deceso, tal vez si no me hubiese metido en política, no habría ocurrido todo esto, pero fue mi opción que la tomé libremente”.

“Pasé años soñándome con él, aunque siempre me lo soñé envuelto en llamas. Eso era porque me sentía culpable de lo que había pasado. También pasé procesos con psicólogos y psiquiatras, pero tuve que aprender a que no fui culpable. Cuando no me sentí condenada de eso, ahí se me empezaron a borrar esas imágenes de mi papá envuelto en llamas, después me seguía soñando con mi papá, pero ahí lo veía como era siempre, sano y normal”, expresa María Candelaria.

Luego añade, “Para todos fue un trance difícil, para mi mamá igual, ella fue la que nos terminó por sacar adelante con muy pocos recursos y más encima con dos hijos en la cárcel. Yo que estuve un año y medio, y Galo, mi hermano, estuvo dos años recluso en la cárcel Chacabuco 70 de Concepción”.

“Me procesaron por la Ley de Control de Armas y por formar grupos paramilitares en calidad de encubridora en la cárcel de mujeres de Coronel, Yo, al menos, nunca almacené ni usé armas”, concluye.

Por su parte, para Erika, la hija menor del obrero penquista, el sufrimiento no fue menor, pues al igual que su hermana sobrellevó con muchas preguntas la muerte de su progenitor.

“Después de todo reflexioné muchas cosas. Tenía 18 años y uno cae en cuestionamientos del porqué mi papá hizo esto. Mi hermana tuvo la posibilidad de despedirse de él, yo ni siquiera tuve esa opción. Entonces quedé muy mal psicológicamente y pasé por tratamientos de todo tipo”.

Si bien Erika no fue torturada ni pasó por la cárcel, vivió una tortura mucho mayor, su propia conciencia.

“Hasta el día de hoy me pregunto porque mi papá hizo lo que hizo, porqué tomó una decisión tan drástica, si habían otros hermanos por quien luchar, pero uno luego se pone a pensar que si no hubiese realizado ese acto tan dramático, tal vez mis hermanos estarían muertos”.

“Es un proceso largo, puesto que igual se siente la ausencia de él, lo extraño demasiado y eso significa que fue bueno con nosotros. Creo que ahora, después de mucho tiempo, me reconcilé con mi padre y me siento orgullosa. Estoy convencida que yo haría lo mismo por mis hijos”, finaliza.

Sebastián Acevedo, la figura, el hombre, el padre

“Mi papá tenía muchos hobbies, entre los cuales estaba la lectura. Tenía alrededor de mil libros acá en la casa, de distinta índole, desde ciencia ficción, hasta política o medicina. El otro pasatiempo era la pesca, salía regularmente con los amigos a pescar los fines de semana, traía pescados y los vendía a los restaurantes o ferias y con esa plata nos daba de comer, pasamos mucha hambre en ese tiempo”, recuerda María Candelaria.

Luego añade, “Él trabajó en el empleo mínimo⁵, y eso significaba sueldo mísero para tantas bocas que había que alimentar. En la casa éramos 8, incluidos los nietos, y él se hizo cargo de todos, o sea de los 8 hijos que tuvo, sin discriminación. Era un hombre muy solidario, tenía muy buen corazón. Lo recuerdo como alguien que supo sacar la familia adelante con mucho esfuerzo”.

Según la voz de su propia hija, el obrero coronelino, era un hombre estricto, pero de valores muy férreos y arraigados.

“Mi papá era cristiano, era católico, iba a misa, en definitiva era un hombre de principios, tengo muy buenos recuerdos de él, a pesar de ser muy estricto, nunca nos golpeó ni a mí ni a mis hermanas. Lo que más le importaba eran los estudios, con eso no transaba”.

A pesar que Sebastián Acevedo siempre militó en el Partido Comunista, no quería que sus hijos se vincularan con la política, menos durante el duro trance de la dictadura militar.

⁵ Durante el gobierno militar fue creado un empleo institucionalizado mediante programas especiales de absorción de mano de obra, el Programa de Empleo Mínimo (PEM).
<http://www.eurosur.org/flacso/mujeres/chile/trab-4.htm>

“Cuando mi papá supo que nosotros el año 83 empezamos a militar en las juventudes comunistas, no le pareció pertinente, porque él ya había sufrido represiones en los gobiernos anteriores, como en el mandato del Presidente Gabriel González Videla, entonces no quería que nosotros pasáramos lo mismo, pero no le quedó otra que aceptar, aunque nos advirtió que nos cuidáramos, porque sabía que la cosa se venía muy dura...”

“...Nosotros llevamos el comunismo en la sangre. Desde Mi bisabuelo, hasta mi hijo son comunistas. Por herencia no tenemos otra opción. Es una ideología que la mantendré hasta el final”, expresa María Candelaria.

La figura del obrero oriundo de la ciudad de Coronel, Sebastián Acevedo Becerra, trascendió su rol de padre y hombre. Su acto de inmolación, frente a la catedral de Concepción, no sólo quedó en el recuerdo de su familia, sino también en una generación ávida de justicia e igualdad.

"Continuamos con la misma pena y dolor por no tener a nuestro ser querido a nuestro lado. Pasa el tiempo, pero no se olvida. Él realizó un gran gesto de amor por sus hijos y jamás lo olvidaremos. Nosotros lo lloramos porque lo que él hizo no fue sólo por nosotros, si él no se hubiese atrevido, tal vez la represión habría sido más fuerte. Mi papá lo sabía y no quería que nos hicieran daño. Creo que si alguna persona abrió los ojos después de su muerte en cuanto a lo que pasaba en el país, de algo sirvió lo que él efectuó", puntualiza su hija mayor.

Esta determinación tan dramática de un padre común y corriente penquista, es y será, sin duda, el gran motivo de orgullo para la familia Acevedo Sáez.

“Nos sentimos orgullosos de ser hijos de Sebastián Acevedo. No pudimos tener un mejor papá. Creo que el Movimiento Contra la Tortura le hizo un gran homenaje a mi padre, y a la vez, es un tributo a tantos compañeros que murieron o sufrieron tortura. Lo más importante es que las nuevas generaciones recuerden lo que pasó y se preocupen por reconstruir la memoria de nuestro país”.

Anexo 1

Entrevistas a hermanos Acevedo Sáez

Acevedo, su perfil y militancia

¿A qué se dedicaba su padre durante esa época?

María Candelaria

Él era jefe administrativo de una empresa que se llamaba Lago Ranco en el año 1983. Su trabajo tenía que ver con todo el tema de los sueldos de la institución. Salía como las 7 de la mañana y llegaba a las 8 de la noche, sólo el fin de semana lo dedicaba para estar con nosotros.

Mi papá tenía muchos hobbies, entre los cuales estaba la lectura. Tenía alrededor de mil libros acá en la casa, de distinta índole, desde ciencia ficción, hasta política o medicina. El otro pasatiempo era la pesca, salía regularmente con los amigos a pescar los fines de semana, traía pescados y los vendía a los restaurantes o ferias y con esa plata nos daba de comer, pasamos mucha hambre en ese tiempo.

Mi papá trabajo después en el empleo mínimo, y eso significaba un sueldo mísero para tantas bocas que había que alimentar. En la casa éramos 8, incluidos los nietos, y él se hizo cargo de todos, o sea de los 8 hijos que tuvo, sin discriminación. Él era un hombre muy solidario, tenía muy buen corazón. Lo recuerdo como alguien que supo sacar a la familia adelante con mucho esfuerzo.

¿Cómo recuerda a su padre?

Erika

Yo por ser la menor era también la que tenía mayores privilegios, era más permisivo conmigo. Por estar más en la casa era la que más compartía con él, sabía de sus gustos por la música y los libros. Mi papá y yo éramos como “uña y mugre”, tengo muy buenos recuerdos de él, a pesar de ser muy estricto, nunca nos golpeó ni a mí ni a mis hermanas. Lo que más le importaba eran los estudios, con eso no transaba. En resumen la relación con mi papá era muy buena.

Con mi hermano Galo la relación era un tanto más distante, tal vez por ser hombre, pero igual hacían muchas cosas juntos. Salían a pescar y muchas cosas más, aunque con Galo era un poco más duro y menos demostrativo, pero doy fe que mi papá quería mucho a mi hermano. Siempre quería lo mejor para sus hijos.

¿Su padre pertenecía a algún partido político?

Mi papá siempre perteneció al Partido Comunista, nosotros llevamos el comunismo en la sangre. Mi abuelo también fue comunista, lo persiguieron y torturaron en los gobiernos de derechas anteriores.

Cuando mi papá supo que nosotros el año 83 empezamos a militar en las juventudes comunistas, no le pareció pertinente, porque él ya había sufrido represiones en los gobiernos anteriores, como en el mandato del Presidente Gabriel González Videla, entonces no quería que nosotros pasáramos lo mismo, pero no le quedó otra que aceptar, aunque nos advirtió que nos cuidáramos, porque sabía que la cosa se venía muy dura.

El duro momento de la prisión política

¿Cómo se produjo la detención de ustedes?

María Candelaria

Yo era dirigente de las juventudes comunistas y al momento de ser detenida estaba a cargo de la organización de las JJ.CC. y eso la CNI no lo sabía. Si hubiesen sabido eso, me hubiesen apretado aún más. Yo estaba enterada de todos los movimientos de los compañeros de Lota y Coronel.

El 1 de noviembre DE 1983, cuando en Concepción cae asesinado y acribillado el compañero Víctor Hugo Huerta, Secretario General del Partido Comunista de la región del Biobío en la clandestinidad, viene una ola de detenciones en la zona de Talcahuano, Hualpencillo y Coronel. Días después nos señalan que había un seguimiento hacía nosotros, yo me percaté que estaba siendo seguida, tenía un agente de punto fijo, le comenté de la situación a mi papá y nos dijo, “no, no se preocupen, debe ser sólo una falsa alarma”, entonces me quedé tranquila y permanecemos todos acá en la casa.

En la mañana del 9 de noviembre llegan alrededor de 40 a 60 personas fuertemente armadas en vehículos utilitarios que cercan el sector blindados con metralletas. Mi papá había salido minutos antes al paradero de locomoción colectiva para dirigirse a su trabajo y se da cuenta de toda la gente que rodeaba la casa, se devuelve y, cuando se acerca, vio que prácticamente estaban echando la puerta abajo. Él preguntó que estaba sucediendo y fue ahí cuando lo toman del cuello y lo reducen, a la vez mi mamá abre la puerta para que los agentes ingresen prácticamente a la fuerza.

Yo estaba en el dormitorio durmiendo con mi hijo de 6 años. Los de la CNI entran por toda la casa, dejan algunas cosas en la bodega, que en rigor era armamento explosivo. Todo esto era básicamente una maniobra para justificar su accionar y decir que nosotros guardábamos armamento, cosa que nunca fue así.

Segundos después me detienen en mi pieza, yo alcanzo sólo a vestirme y salgo esposada de la casa con unas vendas en los ojos. Eran alrededor de las 6 de la mañana. A su vez, mi hermano Galo era detenido en su trabajo camino a la ciudad de Lota.

La situación creó un revuelo inmenso, los vecinos sólo se dedicaron a mirar, ya que con todos los agentes de la CNI armados hasta los dientes bien poco podían hacer. Ellos sabían que éramos comunistas, también sabían que nosotros no somos personas violentas... *no poníamos bombas, pero sí miguelitos...*

¿Qué sintieron cuando entraron los militares, miedo, rabia, impotencia...?

María Candelaria

Yo siempre decía que sabiendo cómo era la dictadura de Augusto Pinochet y teniendo una posición política distinta, había un riesgo que había que asumir. En esa época existían dos opciones, o te detenían y torturaban, o simplemente morías. Debo dar gracias que no fui muerta, o una más de los detenidos desaparecidos por la dictadura.

¿Cómo fue el proceso el día de su detención?

María Candelaria

Me llevaron esposada y vendada, me subieron a unos de los furgones que me trasladó a una comisaría de Coronel, de ahí lo único que escuché fue que unos de los agentes dijo, "llevamos el paquetito". Yo no reconocí el lugar, sólo al segundo día sospeché donde estaba, pero no supe hasta cuando salí de ahí.

Ese lugar era un cuartel de recreación del ejército en Playa Blanca. Ahí estuve los días 9, 10 y 11 de noviembre, hasta el día cuando mi papá se inmoló, que me dieron la libertad condicional.

En ese recinto yo sufrí tortura. Creo que habíamos 40 compañeros al interior. Después yo supe que también se encontraba mi hermano en el mismo recinto.

Los agentes de la CNI nunca me sacaron la venda, con golpes de corrientes, expuestos al sol, vejaciones, manoseos en los genitales, entre otras cosas más, pasé esos días. Era un proceso que ellos ocuparon como especie de ablandamiento, para que uno cayera en lo más bajo como persona y contara cosas que a ellos les interesaba, pero yo nunca conté nada, siempre me mantuve firme, a pesar de todas las torturas, desde que entré hasta que salí conté lo mismo.

Ahora ese proceso de la torturas no sé cuanto habrá durado, como yo no dije nada, me seguían pegando y torturando. Creo que en algún momento perdí la conciencia.

Erika, en ese momento usted no fue detenida, se quedó en la casa, ¿cómo fue ese proceso?

Ese proceso fue traumático, ver tanta gente metida en la casa. En ese momento cursaba el colegio, recién tenía 18 años. Los de la CNI allanaron la casa, revisaron todo. Mi papá era el encargado de la propaganda del partido, entonces se pusieron a indagar el ropero, que en la parte superior estaba lleno de propaganda política, pero ellos no encontraron esos volantes porque no se metieron arriba, aunque encontraron libros de mi padre que tenían que ver con la revolución de Cuba y eso se los llevaron. En ese intertanto veo a mi papá sangrando del cuello, ya que lo habían reducido minutos antes. Tratamos de mantener la calma.

Mi papá se sentó a pensar para analizar lo que iban a hacer y luego, junto a mi mamá, fueron a la parroquia para que les dieran la dirección del arzobispado y la vicaría en Concepción, en ese mismo instante nos llegó la noticia que mi hermano también había sido detenido. Mi otra hermana Nadia, por seguridad, decidió quedarse en el trabajo y no venir para la casa. Mi papá se desesperó, fue a todos lados, a los regimientos, a las comisarías, a las parroquias, en eso tres días que buscó a mis hermanos, él era una especie de cadáver, muy flaco y desgarrado, no dormía, ya que la incertidumbre de no saber si mis hermanos estaban vivos o muertos lo martirizaba en demasía.

La decisión final

¿Su padre le contó a alguien de su intención de inmolarse?

María Candelaria

Mi papá le comentó a un amigo que se iba a inmolar, se lo dijo un día antes, le dijo textual, “dada esta situación, tengo dos opciones; o me crucifico o me inmolé frente a la Catedral de Concepción. Él estaba con la decisión tomada.

¿Por qué habrá decidido tomar esa determinación entre esas dos opciones?

María Candelaria

Bueno, mi papá era cristiano, era católico, iba a misa, y el hecho de crucificarse para él era un símbolo. Sin embargo, mi papá lo que quería era llamar la atención, poner en el tapete la situación que estaba pasando, aunque nunca su decisión final era prenderse fuego, pero las circunstancias lo llevaron a eso.

Ese día, él fue a una galería, compró un encendedor y un bidón lleno de bencina, fue a dejar sus documentos al arzobispado y ahí salió rumbo a la catedral, se roció con el combustible y con un encendedor en la mano amenazó para que les dijeran el paradero de sus hijos.

Él sólo pedía que a sus hijos les siguieran un juicio justo si eran culpables, y si no, que se los pusieran al frente para saber que estaban vivos.

En el intertanto apareció un teniente joven de carabineros que se acercó, ahí mi papá puso una línea en el suelo, que si alguien pasaba esa línea él se iba a prender fuego, lamentablemente ese carabinero atravesó esa línea y mi papá sólo le dijo que debía creer en la palabra de los hombres, que le pedía perdón a Dios y a sus hijos por lo que estaba haciendo. En ese momento se prendió fuego, bajó y llegó frente a la catedral donde había un paradero de taxi y cayó preso de la llamas. Los mismos choferes de los taxis sacaron los extintores y lo apagaron, llamaron a la ambulancia, pero ésta no llegó nunca y al final una misma patrulla de carabineros lo llevó al Hospital Regional de Concepción.

Cuando mi papá llegó al hospital, me avisaron desde la CNI y me dijeron que venía un sacerdote, que me iban a soltar, no sin antes firmar un papel donde yo dejaba constancia que no me habían torturado ni pegado durante mi reclusión.

Llegué a la casa y mis hermanas me contaron lo trágico que había pasado con mi papá. En ese momento llegó un amigo y me llevó a Concepción. Cuando ingresé al hospital me encontré con el padre Enrique Moreno y ahí me contó que no era bueno que viera a mi papá, ya que estaba en condiciones traumáticas, pero sí pude hablar por el mismo citófono del recinto médico, fue ahí donde me dijo, “cuídate, cuida a tu hermano, cuida a mis nietos, perdóname”.

Luego de eso fui sacada de ahí y llevada donde unos sacerdotes, estuve hasta el día del funeral de mi padre. Fue muy triste, un día lunes 13 de noviembre, llegó mucha gente, demasiadas personas, se calcularon 20 a 25 mil personas, unos de los más grandes que ha habido en la región.

Mi papá falleció 15 minutos antes de las 12 de la noche, o sea que agonizó desde las 4 de la tarde hasta cerca de la medianoche. Los mismos médicos no se explican cómo duró tantas horas si tenía más del 90% quemado de su cuerpo.

La evocación y trascendencia del obrero coronelino

¿Qué reflexión tiene de todo esto?

María Candelaria

Los mismos cuestionamientos que se hace Erika, también me los hago yo, ¿por qué mi papá lo hizo?, ¿por qué no espero? Por años me sentí culpable de su muerte, porque si no me hubiese metido en política, tal vez no hubiese ocurrido, pero también fue la opción de uno y de mi papá. Pasé años soñándome con él, aunque siempre me lo soñé envuelto en llamas. Eso era porque me sentía culpable de lo que había pasado. También pasé procesos con psicólogos y psiquiatras, porque tuve que aprender que no fui culpable.

Cuando no me sentí culpable de eso, ahí se me empezaron a borrar esas imágenes de mi papá envuelto en llamas, después yo me soñaba con mi papá, pero ahí lo veía como era siempre, sano y normal, pero todos pasamos por un cuestionamiento, aún cuando me despedí de él, tampoco pensé que él se iba a morir, porque no alcancé a dimensionar el daño que tenía.

En resumen para todos fue un trance difícil, para mi mamá igual, ella fue la que nos terminó de sacar adelante y eso que no tenía ni un peso y más encima con dos hijos en la cárcel. Yo que estuve un año y medio, y Galo estuvo 2 años recluso.

Me procesaron por la Ley de Control de Armas y por formar grupos paramilitares en calidad de encubridora en la cárcel de mujeres de Coronel, y Galo en la cárcel Chacabuco 70 en Concepción. Yo, al menos, nunca almacené ni usé armas.

¿Cómo el grupo contra la tortura se inspiró en su padre?

María Candelaria

El grupo ya salía a denunciar antes de la muerte de mi papá, por el asunto de los recintos secretos de la CNI, pero luego de la inmolación, ellos se reunieron y decidieron hacerle un homenaje usando su nombre, porque sabían que mi padre dio su vida para que de cierta manera en Chile no hubiera más torturas ni abusos. Luego de eso yo me contacté con alguna gente del grupo e hicimos algunas acciones. En lo personal me dediqué a trabajar exclusivamente por los DD.HH y estaba a cargo de los aniversarios de mi papá, participaba de algunas acciones del movimiento. Nunca he dejado de participar, hasta el día de hoy continúo en acciones pro DD.HH y seguimos militando del Partido Comunista.

¿Se sienten orgullosos de su padre?

María Candelaria

Continuamos con la misma pena y dolor por no tener a nuestro ser querido a nuestro lado. Pasa el tiempo, pero no se olvida. Él realizó un gran gesto de amor por sus hijos y jamás lo olvidaremos. Nosotros lo lloramos porque lo que él hizo no fue sólo por nosotros, si él no se hubiese atrevido, tal

vez la represión habría sido más fuerte. Mi papá lo sabía y no quería que nos hicieran daño. Creo que si alguna persona abrió los ojos después de su muerte en cuanto a lo que pasaba en el país, de algo sirvió lo que él efectuó, puntualiza su hija mayor.

Uno se siente orgulloso de ser hija de Sebastián Acevedo. No pudimos tener un mejor papá. Creo que el Movimiento Contra la Tortura le hizo un gran homenaje a mi padre, y a la vez, es un tributo a tantos compañeros que murieron o sufrieron tortura. Lo más importantes es que las nuevas generaciones recuerden lo que pasó y se preocupen por reconstruir la memoria de nuestro país.

Anexo 2

Testimonios finales, ecos en la propia existencia

¿De qué manera marcó su vida el MCTSA?

¿Volvería a hacer lo que hizo?

- **José Aldunate**

En general el movimiento marcó mi vida de forma determinante... volvería a hacer lo que hice y creo que de una u otra manera contribuimos con un granito de arena a la reconstrucción de la democracia, y lo hicimos de forma pacífica en una época llena de odio y violencia.

Según mi opinión el grupo se acabó en el momento justo, no daba para más y no era necesaria su continuidad en democracia.

- **Roberto Bolton**

Haciéndome sentir útil y no solo eso sino que también sacerdote en todo el sentido de la palabra, que al igual que Jesucristo se expone y hace algo por lo que más sufren eso sentía yo y por eso me sentía inmensamente feliz.

Y por ciento que sí realizaría lo mismo. Lo haría sin dudar, eso y mucho más, a pesar del miedo, éramos felices porque hacíamos algo por la gente que sufría, por los torturados y contra la dictadura.

- **Rosita Parisi**

Es difícil... me emociona... conocí a gente muy buena en un momento en donde el odio, la violencia, la represión era pan de cada día y conocer a gente como José Aldunate, Mariano Puga fue lo mejor y lo más importante que me pudo haber pasado en la vida en términos de pensar que valía la pena luchar... creo que estoy muy sensible hoy.

Absolutamente sí volvería a hacerlo, aunque ahora me pegan un palo y me quiebran al tiro... pero retrocedería el tiempo y haría exactamente lo mismo, y creo que también lo haría ahora para que la gente despierte porque aún tenemos un país injusto y socialmente precario.

- **Marion Lapostol**

Era una persona violenta, pero el movimiento me fue transformando en una persona no violenta, eso fue maravilloso y fue lo mejor que me dejó el grupo. Además de la solidaridad y la actitud de las personas del movimiento, eso fue lo que me marcó. No era necesario ser cómplices ni de agarrar una metralleta, sino simplemente era denunciar de la forma más pacífica posible. Eso era nuestro distintivo y lo maravilloso del grupo.

Para volver a hacer lo que hice tendría que ocurrir una nueva dictadura y ojalá que no, todo era marcado por tu circunstancia, ya que no había otra posibilidad, pero mi generación estaba preparada para hacer frente a lo que venía.

Tenía 17 años para el golpe de estado y me trugaron mi futuro, por eso sufrí mucho con la dictadura. Yo participé del MCTSA como respuesta a esta situación demasiado difícil.

Bibliografía

- ***“La No Violencia durante la dictadura”*** – Fernando Aliaga Rojas, SERPAJ, Chile.
- ***“Desobediencia civil”*** - Henry David Thoreau
- ***“Manual para una Revolución Noviolenta”*** – Movimiento de Objetores de Conciencia de Madrid
- ***“La lucha política Noviolenta”*** – Gene Sharp
- ***“¿Hasta dónde obedecer la ley?”*** – Selección de artículos de *Le Monde Diplomatique*
- ***“Obras Completas”, Volumen II*** – Mario Rodríguez Cobos, Silo.
- ***“Mahatma Gandhi, El Profeta de la No Violencia”*** – Teresio Bosco
- ***“Sebastián Acevedo”*** – Gonzalo Rojas
- ***Curso de Redacción Periodística*** - José Luís Martínez Albertos
- ***Real Academia de la Lengua Española*** – <http://www.rae.es>
- ***Documental “Eslabones de Vida”*** de Marcos Barruyllé Báez
- ***Documental “Por la vida”*** de Pedro Chaskel